



Roberto Videla y el Libre Teatro Libre

por Roberto Videla



Mi relación con el LTL, antes de ser parte del grupo, aún antes que el grupo se llamara así, fue en la Escuela de Artes de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.

Yo estudiaba cine, y tenía una materia, Dirección de Actores, que era dictada por María Escudero, quien a su vez, en el Departamento de Teatro de la misma escuela, tenía a su cargo a los alumnos de primer año, parte de los cuales luego abandonan con ella la Universidad y se conforman como grupo independiente.

De lo que quisiera hablar es de los ritos de iniciación, de los aprendizajes que te forman como persona, de los maestros que te enseñan a vivir, de quienes te dan los elementos para poder ver las cosas críticamente, de quienes te hacen crecer aún con dolor, de lo que luego, mucho tiempo después, reconoces como tuyo, como personal y propio, y que son fragmento a fragmento las mejores cosas que te dio la vida. Todo eso para mí fue el conocer a María y a los futuros LTL.

Yo necesitaba encontrar algo así. Sentía que necesitaba un grupo de pertenencia, un grupo que me ayudara a hacer lo que intuía que deseaba hacer, lo que deseaba expresar.

Me deslumbraba el cine, Bergman, Fellini, la *nouvelle vague*, Buñuel, algunos norteamericanos, Hitchcock, Godard, Truffaut, los polacos, los checos.

Y de repente encuentro en María y sus alumnos la misma pasión por los mismos creadores. Y, a su vez, un profundo malestar ante el arte simplón, ante la crítica obsecuente, ante el mal teatro, ante lo respetado con servilismo.

Irreverencia, podría llamarse.

Burlarse de lo establecido, de lo solemne, reírse de uno mismo y de lo ridículo del otro. Y sentía en ellos mi propia obsesión por el cine.

Nunca nos gustó el teatro, a nosotros, ya condenados a hacer teatro de por vida. Creo que desde siempre, desde el teatro, mi lucha ha sido contra el teatro mismo. Contra las convenciones, la grandilocuencia, la falsa modestia, la ridiculez del actor.

Luego de estar en algunos pequeños espectáculos de café concert con el ya LTL, se fueron por un año de viaje por Latinoamérica.

Yo terminé mi licenciatura en cine. Cuando volvieron traían un espectáculo para niños, *Glup Zas Pum Crash* o *La Verdadera Historia de Tarzán*, y las nuevas versiones de *El Asesinato de X*.

Como espectador, asistir a un espectáculo del LTL era vivir una experiencia intransferible e inolvidable. Uno era contagiado de alegría, de libertad creadora, de vitalidad, y a la vez todo era ofrecido en una forma extremadamente simple, despojada.

Había una extrema concisión, una gran síntesis, y a la vez los espectáculos parecían estar siendo creados por ellos en ese mismo instante. Ahí, delante de los ojos del espectador. Aunque había momentos de improvisación pura, las obras eran estructuras sólidas, con partituras acabadas.

Es difícil no caer en palabras huecas al tratar de escribir esto, es difícil no caer



en el elogio vano. Pero no puedo más que apelar a palabras huecas para describir la belleza, el placer, de ver a mis compañeros en acción.

Creo que fuimos afortunados.

Que también la historia, aunque fue cruel con nosotros, con nuestro país y con nuestros países, nos ayudó a crecer, a ser lo que fuimos y lo que somos ahora. La historia del grupo fue breve y brillante. En su final entraron muchos componentes.

La progresiva politización, más bien par-

tidismo, fue una de las causas más claras de su ruptura.

Un grupo así no podía soportar el encuadramiento de un partido, además la situación era tan peligrosa para nosotros que comenzaron a aflorar diferencias y tensiones que no pudieron resolverse.

La persecución militar contra nosotros ayudó a fragmentarnos. Sobrevivimos casi milagrosamente.

Todos pudieron escapar de Argentina en circunstancias muy difíciles y traumáticas. En este momento, ahora, fines del año

2000, la mitad del grupo aún vive fuera de nuestro país, en un exilio ya elegido. Yo sigo, casi sin saberlo, los pasos de mi maestra. Ahora doy la cátedra de Dirección de Actores en la UNC, la que alguna vez le perteneció.

María vive en Ecuador.

Y en mi actividad docente y en mis grupos privados de teatro mantengo altas las banderas de los mismos principios que me dio el LTL: rigor y desprejuicio. Libertad y armonía. Sencillez, simplicidad en estructuras complejas.

Publicamos un fragmento de la obra *¿Qué tú quieres?* de Roberto Videla como homenaje a todos los integrantes del LTL, a su trabajo, a su entrega, a sus sueños.

Esta historia que voy a contarles ahora fue reconstruida a lo largo de muchos años. Fue como ir armando un eterno rompecabezas.

En 1975, con mi grupo de teatro, el Libre Teatro Libre, LTL, nos fuimos a Venezuela, invitados a un festival. Pensábamos estar 2 meses. En Caracas, ante las noticias del agravamiento de la situación política en Argentina, el grupo se disuelve. Algunos se vuelven y otros 3 nos quedamos en Venezuela: Graciela, Pepe y yo.

Unos meses después, en Córdoba allanan la casa de Graciela. El padre, que era abogado, preguntó por la orden de allanamiento, que no existía. Allanaron igual.

Preguntaron: "¿Dónde está Graciela?". "Graciela está en Venezuela".

Allanaron la casa de Pepe. Eran muchos. Como cincuenta. La madre de Pepe los trató muy bien, hasta les sirvió café y se permitió retar a uno al que se le cayó una ametralladora: "Tenga cuidado. Puede matar a alguien".

Preguntaron: "¿Dónde está Pepe?". "Pepe está en Venezuela".

A mi casa en Córdoba no fueron, y mi hermano, que estaba viviendo ahí, se salvó.

Allanaron la casa de Luisa. Luisa vivía con su marido y sus dos hijitas en una casa muy pequeñita, con un bañito y una cocinita. Luisa hasta tuvo la ocurrencia de reírse, al ver tantas armas, tantos militares rodeados de tanta ropa colgada a secarse por todas partes.

De repente su hija menor empezó a llorar y ella la levantó de la cuna para consolarla. Un milico sacó un panfleto de la cuna y le preguntó a Luisa qué era eso. Luisa le contestó que era para proteger a su hijita de la humedad y el frío del piso. El la miró, no dijo nada.

Se fueron. Y Luisa se salvó.

Lindor volvía a su casa, con Julio. Llevaba un gatito, había estado todo el día queriendo regalarlo a algún amigo y nadie lo había querido. Lo va a dejar en la vereda, se agacha, y, al hacerlo, ve que de la esquina se asomaba un Falcon verde, sin patente, los usados por los militares para

secuestrar, y se da cuenta que están en su casa.

Retroceden con Julio, se escapan. Se salvan.

Liliana, su mujer, estaba en la casa. Por la ventana del dormitorio ve sombras en el jardín que corren hacia la casa. En ropa interior sale por la puerta de adelante. Era una casita al fondo de un corredor flanqueado por varios departamentos. Va tanteando todos los picaportes hasta que una puerta se abre y se esconde en la casa de un vecino que al día siguiente la saca en el baúl de su auto y pasa a través de los militares. Y Liliana se salva.

A Susana y su marido los detienen en La Rioja. Cuando los traían hacia Córdoba, los policías iban disparando a los carteles de publicidad en la ruta, gatillándoles en falso en las sienes, y gritándole al conductor: "Desviate aquí así los cepillamos a estos".

En Córdoba los tuvieron 15 días vendidos, amordazados, esposados.

Luego intervino por ellos un amigo de los padres del marido, que era en ese entonces gobernador de La Rioja, y los soltaron.

Es lo único que yo tengo para agradecer al ex presidente argentino. Y Susana se salvó.

A Cristina una vez la detuvieron por veinticuatro horas. Le gatillaron una pistola en la sien.

Ella ahora recuerda con extrema precisión la sensación extraña del metal sobre su piel.

La soltaron. Se escondió.

No volvió a su casa hasta un tiempo después, a ver cómo estaba. Una vecina le dijo: "Ayer vinieron a buscarla."

"Quién?."

"Unos encapuchados".

Cristina escapó. Y se salvó.

Oscar estaba escondido. Sabía que lo matarían si lo encontraban. Un día se descuida y va a visitar a unos amigos. Llega la policía. Pero no lo buscaban a él, sino a otro. No se dan cuenta que también a él lo podían detener. Se quedan varias horas esperando. Muchos años después, los amigos le comentan: "Hacías bromas, te hacías el simpático, el distraído, tu voz era la misma, pero tu piel había cambiado. Era gris." Después de unas horas se van.

Oscar se escapa. Oscar se salva.

A María los compañeros la visten, la disfrazan como si fuera una psicoanalista porteña. Trajecito verde seco, de lino, cartera y zapatos color tabaco, tostado, y así, con papeles falsos, la sacan en avión desde Buenos Aires, creo hacia Uruguay, desde donde viaja a Perú.

Y María se salva.

De algún extraño modo, mis compañeros se salvaron, todos, casi por milagro.

Dedico este texto a Graciela Ferrari, Pepe Robledo, Luisa Núñez, Julio Saldaña, Lindor Bressan, Susana Pautasso, Cristina Castrillo, Susana Rueda, Oscar Rodríguez y a María Escudero.

Hoy viven en Argentina: Lindor Bressan en Buenos Aires; en Córdoba Graciela Ferrari, que trabaja con el grupo *Teatro Azevals*, Roberto Videla que trabaja con el *Teatro el Cuenco* y Luisa Núñez.

En Ecuador viven María Escudero y Susana Pautasso.

Cristina Castrillo vive en Suiza y trabaja con el grupo *Teatro delle Radici*.

Pepe Robledo vive en Italia y trabaja con la *Compagnia Pippo del Bono*.

Susana Rueda y Oscar Rodríguez viven en España.



Pepe Robledo y Graciela Ferrari